

ANGEL fieramente HUMANO

Sobre los infinitos detalles, reflexiones, anécdotas y poemas, que las páginas de un homenaje suelen acumular, habrá de alzarse algún día la imagen limpia y neta del hombre. De ese sacerdote, religioso y poeta, que llenó con la verdad y soledad de su nombre y humanidad la trinidad de su vida. Lo que las gentes veían en el P. Angel-ángel sobre los hechos circunstanciales de su historia y genealogía- cristalizaba inmediatamente en ese diminutivo lleno de ternura un poco triste con que solían llamarlo: A n g e l i t o.

Pero la gente sólo respondía al estímulo de la imagen que el P. Angel proyectaba hacia el exterior con toda intención. Con la intención entera de que las tristezas y desgarramientos del hombre se quedaran adentro. Tan adentro como en sus mismos poemas, en los que muchos sólo escucharon las

“campanillitas de oro” del ángel, nunca el tañido seco y quebrado de su “corazón de hombre”. Así lo quería él:

Si oigo en mi corazón de hombre un sonido
de campanas de barro, seco y bronco,
dejaré sólo que, al volar el ángel,
repiquen mis campanillitas de oro.

(Campanillitas de oro, 1934)

Muchas veces repicaron esas campanillitas de oro en su poesía y, a diario, en el ejercicio de sus funciones sacerdotales; pero, a la hora de la verdad interior:

...esto es lo triste de mi vida

(¡horrible!):

llamarme A n g e l en el crepúsculo morado...

.....
 Donde el cielo se muere... ¡para siempre!
 sin posibles miradas de astros a primaveras
 celestes o terrenas. Donde todo se muere
 para siempre.

(Sin el ángel el Angel)

Yo he perdido la onda
 de mi radio interior y no sé el número
 de la radioemisora.

Sé que aquí está sonando, pero no puedo oirla.

(RIO HASTA EL FIN, A Tí directamente)

Pero esos ecos broncos y gemidos del alma, cargados de humanidad desolada, acusan únicamente la dolorosa presencia del aguijón de la carne en un espíritu que aspiró siempre a la transubstanciación plena con su luz interior y que, al mismo tiempo, era intensamente solicitado por todo, como sucede a los buenos gozadores de la vida:

Así por todo soy solicitado:

por el cuerpo y el alma,

por la vida y la muerte,

por la puerta del sol del cielo abierto

y el doble arco de sombra de la noche en el muro.

(RIO HASTA EL FIN, Bosque de meditaciones)

Si hubiera que comparar a Angel con algún otro poeta español de nuestro siglo, inútilmente buscaría uno el término de la comparación entre los religiosos poetas. Esos no pertenecen al siglo. Habría que buscarlo, más bien, entre los poetas religiosos, que, por cierto, no abundan. Tal vez Juan Ramón Jiménez, en cuya poesía se formó Angel y con cuyas ideas religio-

sas tenía que estar, desde luego, en desacuerdo. Pero, en cambio, incorporó a la suya muchos elementos y símbolos de la poesía juanramoniana y, si se apura un poco la cosa, la concepción general de su obra. Así, la de Angel parece ser la contrapartida cristiana de esa búsqueda estético-religiosa que condujo a Juan Ramón al hallazgo de su Animal de fondo (1949) y, antes, de La Estación Total (1946). Si así fuera, la poesía de Angel encontraría un lugar más cómodo entre los poetas comprometidos, que entre los poetas religiosos.

Comoquiera que sea, la poesía de Angel tiene una relación muy estrecha con la poesía de Juan Ramón y, hasta donde yo sé, enormes afinidades con la de otro poeta de mar y cielo, Emilio Prados. Por eso no hay ninguna coincidencia circunstancial, sino lógica, en el hecho de que los tres poetas hayan encontrado un título afín y de notable similitud para una de sus obras finales. Angel, aquí, parece tener sin duda la precedencia con su Río hasta el fin; le sigue Jiménez con sus Ríos que se van y, al final, está Prados con su Río natural. Sobre el título de Emilio Prados yo encuentro sumamente probable que haya tenido Angel alguna influencia, porque, cuando yo llevé a Angel a la casa de Emilio en 1956, ambos estuvieron discutiendo por varias horas sus ideas poéticas y -según recuerdo- Angel desenfundó su Río hasta el fin para probar algunos puntos. Emilio hizo mención de un libro al que estaba dando los últimos retoques y que, según dijo, habría de aparecer el año siguiente en la Edito-

rial Losada, pero acerca de cuyo título todavía estaba indeciso. Se trataba de Río natural.

Pero, influencias aparte, Angel era un poeta por derecho. El contenido francamente teológico y decididamente cristiano de muchos de sus versos ahuyentará, sin duda, a muchos ateos pacatos y escrupulosos que, paradójicamente, viven en el temor de perder su fe; pero aún a éstos, como lean un poco, los cautivará la sinceridad de Angel, su tono patéticamente humano.

Decir, como lo ha dicho Valbuena Prat en su Historia de la literatura española (Barcelona, 1953, III: 792), que la poesía de Angel es un "anhelo místico" sería definitivamente desorientador; porque los versitos de sor Verbena de la Circuncisión, que no ha leído el distinguido historiador español, también son un "anhelo místico". Pero no hay manera de confundirlos con el conflicto existencial, con el misticismo conflictivo -desesperado a fuer de tener tanta esperanza-, que resuman los poemas de Angel:

Hoy tengo el alma dura. Y no hallo un pensamiento
que me la ablande. Tiene rigidez de cadáver...

.....
Le aplico el más ardiente fuego y no reacciona.
En su misma dureza conserva una mirada
pétrea. Me da miedo mirarla. . .

.....
Hoy me duele toda el alma en mí y no siento
lo que me duele: ¡todo! Es este dolor mío
igual que si a un cadáver le doliera la muerte. . .

(Hoy tengo el alma dura)

Como tampoco es posible confundir con un anhelo místico este vigoroso rechazo de los "gestos duramente aprendidos":

Estoy harto de atroces sinceridades blancas
de un rojo interno hirviente.

Abomino del gesto
duramente aprendido y olvidarlo sería
olvidarme del día de mi mano derecha. . .

(Epitalamio en falso)

ni la esperanzada desesperación de estas líneas:

Cuando la vida llega a ser dolor de vida
y a que ya no podamos
con ella, el verso cae. El verso cae
bien. El verso maduro de tristeza. . .
.....
...No somos nada. Somos sólo el verso
que va a venir, maduros de tristeza.

(Dolor que es sangre en mí/y en el cielo astros)

De cada poema de Angel podrían entresacarse versos, estrofas enteras, cargadas de esa patética angustia, manifiesta también en el barroquismo de la expresión, en la contenida vehemencia -a veces incontenible- de los juegos verbales y conceptuales, en el claroscuro de los elementos simbólicos y temáticos, en la desenfrenada quietud de su insatisfacción vital:

¡Qué desenfreno en su quietud la vida
que camina a la muerte!

¡Qué mortal lentitud en su galope
que al vuelo aspira y nunca alcanza al vuelo!

(Día claro de nubes)

Dicho de otra manera, en el cristianismo de Angel predomina, sobre la nota ocasionalmente triunfal, el tono conflictivo y existencial. Por eso el río, símbolo paradójico de lo que pasa y queda, se transformó en el protagonista de muchos de sus poemas. Acabó por ser su yo literario, su individual trasunto:

El río era yo mismo que pasaba;
mis versos el espejo de ese Río.
Y un mismo Río de agua permanente
en el espejo de un cielo sin límites,
el río en que se mira todo el cielo
y yo que soy, mirándolo, ese Río.

¡Pobre Angel! ¡Ahora ya podrá expresar toda su angustia, echándola a la mar sobre las aguas del río!

Cae el río

y sonando se hunde en la sima de la noche,
se acaba allí, a la orilla del raudal, y aún
se le oye
sonar con un gemido inacabable.

(RIO HASTA EL FIN, Para siempre sonoro)

Este “gemido inacabable” nada tiene que ver, naturalmente, con aquellas “campanillitas de oro” del principio. Parece, más bien y a pesar suyo, el “sonido seco y bronco” de su corazón de hombre. De ese corazón de hombre verdadero que estuvo resonando durante toda su vida, y que es el que habrá de dar vida perdurable a su poesía, purificándola de todas las impurezas circunstanciales.

René Acuña

Long Beach, otoño de 1971.

